

Si Ipanandro Acáico no tuviera que sujetar su inspiración, tal vez entonaría amorosas endechas y reflejaría los sentimientos y las ideas de su siglo. Entonces sería un poeta humano. Pero por su investidura apostólica, no puede ni debe lanzarse á inventar ditirambos y canciones, propios de la gente libre, y vedados á quien, como él, ejerce en el mundo un alto ministerio.

Mas de lo que quisiera he dicho á propósito de este asunto, baladí de suyo, si se atiende á la poquísima importancia que reviste. Opinen como les plazca las personas de criterio exíguo, que no por eso dejará de ser el Sr. Montes de Oca notable poeta y literato insigne.

Buena prueba de tales afirmaciones dá él mismo en las siguientes líneas, publicadas á su vuelta de Europa, África y Asia: "Revestido, dice, de una dignidad que sólo me traía sinsabores; condenado por mi árduo ministerio á una vida errante, agitada y de incesante ocupación, me fué preciso hacer pedazos lira y zampoña; y el báculo que á Valbuena no le impidió sonar la épica trompa ni el caramillo pastoril, entregado á Ipanandro Acáico en sus verdes años cortó el vuelo á su musa casi adolescente." Y más adelante agrega en una carta dirigida á D. José María Roa Bárcena: "Acontecimientos que Vd. conoce, me hicieron volver á pulsar la zampoña á principios de 1875, más bien por distracción que con intento deliberado de consagrarme otra vez á la poesía. Mis quehaceres y sinsabores, en vez de disminuir, se habían centuplicado; pero esto mismo hacía que las Musas me suministrasen doble consuelo en las amarguras que me aquejaban. Las noches insomnes me parecían breves cuando las llenaba traduciendo algún idilio de Teócrito; y los ardores del sol tropical se templaban para mí cuando al trote sobre mi no cansado caballo, ponía en versos castellanos el viaje marítimo de la ninfa Europa, ó describía en romance los umbrosos vergeles en que se celebraban las fiestas de Céres."

Poeta es, y de altísimo vuelo, quien así se queja, quien canta más que gime cuando refiere sus angustias, y empapa de tan dulce, de tan suave melancolía sus sentimientos. Si el Sr. Montes de Oca no hubiera escrito versos jamás, sería poeta, como lo son Renan y Castelar. Pero por fortuna, él siente la poesía y la expresa en bellísimos conceptos. Sus estrofas son

"Dulces como el susurro de los pinos
Que junto al claro manantial resuenan....."

Como traductor, quizá sea el más fiel intérprete de los clásicos antiguos. Villegas, Meléndez y Pesado, no pueden siquiera comparársele. Sólo Alenda, en su magnífica traducción de *Las Siracusanas*, brilla junto al autor de los *Ocios Poéticos*. Las demás versiones, ó son monótonas y prosáicas, como las de Conde, el renombrado orientalista, ó apenas si algunas de ellas están á la altura de las publicadas por el Sr. Montes de Oca. Y entiéndase que al hablar así, me refiero únicamente á la forma, en la que tanto se distingue el sabio intérprete de los bucólicos griegos. El idilio XIX, de Teócrito, que entraña una idea hermosísima, fué traducido por Ipanandro Acáico en irreprochables versos. Dice:

"Punzó una abeja á Amor, que sin recelo
Roba procaz la miel de los panales.
Grita Cupido y quiere de sus males
Soplándose la mano hallar consuelo.
Salta; y batiendo con los piés el suelo
Refúgiase en los brazos maternales